

Lyceum Club Femenino¹

LA OTRA BIOGRAFÍA.
LA CONSPIRACIÓN DE LAS LECTORAS.
 JOSÉ ANTONIO MARINA Y MARÍA TERESA RODRÍGUEZ DE CASTRO.

La conspiración de las lectoras de José Antonio Marina y María Teresa Rodríguez de Castro. Colección Biblioteca de la Memoria. Editorial Anagrama. Barcelona. 2009. 280 págs. ISBN 978-84-339-0792-9.

Este libro narra uno de esos casos poco definidos que quedan descuidados por la investigación académica, un caso sugerido a José Antonio Marina por Carmen Martín Gaité. Desde 1926 hasta el comienzo de la guerra civil hubo en Madrid una asociación de mujeres, el **Lyceum Club Femenino**, que «conspiraba para adelantar el reloj de España» y, posiblemente, fue la más brillante generación de mujeres de la historia de España. Mujeres como María de Maeztu, Victoria Kent o Hildegart pensaron que las fracturas provocadas por las ideologías políticas y religiosas podían superarse mediante la educación. Se trata, pues, de un ejercicio de justicia histórica, porque estas mujeres han sido olvidadas antes de ser conocidas. Los autores presentan una narración viva de un período histórico trascendental y convulso, del que emerge una pregunta: ¿y si hubiera triunfado su utopía educativa?



El siguiente artículo, que transcribe varios capítulos del libro, ha sido publicado en el periódico **El Mundo – Crónicas (España)**. Domingo 22/11/2009.



Victoria Kent, en primer plano, en Londres, con una integrante de una asociación internacional femenina.

Este caso comenzó con un comentario que me hizo Carmen Martín Gaité una tarde que conversábamos en mi jardín. Carmiña era una estupenda conversadora, capaz de convertir cualquier cosa en una aventura excitante. Recuerdo el divertido pasmo con que le oí contar sus peripecias en un gélido Archivo de Simancas, mientras buscaba documentación para su libro sobre Macanaz. Hasta tal punto me interesó la historia, que la animé a escribir un relato y titularlo: *El rastro del muerto*. Había, sobre todo, un misterioso «asunto del chocolate», que ese personaje citaba varias veces en su copioso epistolario, y que tenía en la narración de Carmen un aura tragicómica intrigante. Durante la conversación en el jardín a la que me refiero, me contó que andaba buscando documentación sobre Elena Fortún, la autora de los cuentos de Celia y Cuchifritín, y que en uno de sus libros, *Celia, lo que dice*, el primero de la exitosa serie, había encontrado una palabra que le había intrigado: «Lyceum». La madre de Celia quedaba frecuentemente a tomar el té con sus «amigas del Lyceum». Carmen había descubierto que se trataba de un interesante grupo de mujeres, de todas las tendencias políticas, que había fundado en Madrid una asociación cultural relacionada con una red internacional de Lyceums. Pronunció un par de conferencias sobre este asunto, pero murió sin tener tiempo de seguir la pista con la tenacidad con que acostumbraba.

Mi curiosidad aumentó porque en la autobiografía de María Teresa León, mujer de Alberti (o mejor dicho, para adecuar el estilo al tema, mujer de la que Alberti era marido), leí: «En los salones de la

¹ Asociación Internacional de Lyceum Clubs: <http://www.lyceumclub.org/default.htm>
 Lyceum Clubs en el mundo: <http://www.lyceumclub.org/fr/clubs.htm>

calle de las Infantas se conspiraba entre conferencias y tazas de té». Y añadía: «El Lyceum Club no era una reunión de mujeres de abanico y baile. Se habían propuesto adelantar el reloj de España». El asunto no podía ser más interesante. (...)

Entre todos los movimientos feministas, las conspiradoras del Lyceum resultan un grupo muy atractivo, formado por mujeres brillantes y rompedoras que, además, vivieron una especie de parábola histórica. Procedentes de ambientes ideológicos muy diversos, se reunieron durante años en un ambiente de concordia que se mantiene a pesar de que la sociedad española se enfrenta, y acaban dispersándose con la llegada de la guerra. Creen que la educación y la cultura pueden resolver los conflictos sociales. Son historias que se unen y se separan. Hilos vitales de procedencia dispersa que se cruzan para tejer un efímero tapiz y se vuelven a separar impulsados por las circunstancias. ¿Quiénes eran, de dónde venían, por qué se unieron, por qué se separaron, qué fue de ellas? (...)

[El Lyceum se fundó en abril de 1926, en el marco de la dictadura de Primo de Rivera. Sirva como ejemplo de la posición que ocupaba la mujer entonces una de las ocurrencias del dictador: conceder el voto a la mujer con dos excepciones. No podían votar las mujeres casadas ni las dueñas o pupilas de casas de mal vivir. La razón que dio fue que quería evitar que en el matrimonio surgiesen disputas entre los esposos por causa de la política].

Tenía una noticia más del Lyceum: la divertida anécdota que Rafael Alberti cuenta en *La arboleda perdida*. La junta directiva del club le invitó a dar una conferencia en el mismo. El día anunciado, el poeta se presentó en el salón con una paloma enjaulada en la mano, un galápago en la otra, y vestido con una levita inmensa, desproporcionada, pantalón de fuelle, cuello ancho de pajarita y un pequeñísimo sombrero hongo en la punta de la cabeza. La conferencia fue al principio una muestra de humor absurdo. Recitó un poema titulado *La estulticia*, en la vena ripiosa cultivada a ratos por el poeta, y que sin duda no era digno de figurar en las *Mil mejores poesías de ninguna lengua*. (...) Los asistentes se rieron, pero Alberti, tal vez animado por las risas, se dedicó a criticar a conocidos escritores (Ramón Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Ortega, D'Ors, Martínez Sierra, Valle-Inclán), lo que produjo la indignación de muchas de las espectadoras (entre las que se encontraban las mujeres de algunos de los mencionados), y el aplauso de algunas vanguardistas, como Ernestina de Champourcin, Concha Méndez -amante sufridora de Luis Buñuel- y Maruja Mallo. (...)

El Lyceum Femenino nació en Madrid en 1926 y funcionó hasta 1936.

Constituyó un foro al que acudían las mujeres más rompedoras y brillantes de la época.

Mi único problema es que sé muy poco sobre esas mujeres. Por eso llamo a María Teresa y le hago un encargo: «Tenemos que averiguar todo lo que podamos sobre esa conspiración de lectoras». (...)

-MARÍA TERESA: Victoria Kent fue la vicepresidenta de la primera junta directiva del Lyceum. Aunque debemos tener en cuenta que el Lyceum no nació como resultado del impulso de una única mujer: lo que he podido recoger en diferentes fuentes es un sentir general, presente en muchas de ellas. Giménez Caballero proporciona en el folletín una serie de nombres de miembros importantes del grupo, cuyos apellidos tendré que investigar. «Zenobia, Pilar, María Luisa, Amalia, Mercedes, Matilde, Isabel, Carmen, la Condesa, Concha, María, Trudis, Clara».

-JOSÉ ANTONIO: Parece que el de Zenobia resulta fácil de identificar. Será Zenobia Camprubí, la mujer de Juan Ramón Jiménez.

-MT: Zenobia fue secretaria del Lyceum. Me parece una personalidad fascinante. La llamaban la «americanita». Era nieta de una puertorriqueña casada con un norteamericano, y hablaba

perfectamente inglés. Estuvo trabajando como voluntaria en la Residencia de Señoritas que dirigía María de Maeztu. La historia de Zenobia me conmueve. Mi abuela me contó que su padre -mi bisabuelo- era amigo de los padres de Zenobia. Viajaba mucho a América y coincidió en el barco en que viajaban de recién casados Zenobia y Juan Ramón. El comentario que había hecho al volver fue: «Coincidimos en el barco con la hija de Camprubí, que se ha casado con un tipo rarísimo».

-JAM: Algo más que rarísimo. Estaba aquejado de un egocentrismo cósmico. Recuerda el poema: Bien sé yo/ que cuando el haca de la muerte me tal, se vendrá abajo el firmamento.

-MT: Me gustaría averiguar cómo fue Zenobia. En Madrid, alquilaba pisos a norteamericanos que llegaban aquí, y puso una tienda de muebles. Ambas cosas eran muy avanzadas para aquel tiempo. A María de Maeztu le desconcertaba que esa eficaz mujer de nombre y aspecto exóticos escribiera cartas sin fecha. ¿Cómo es posible que alguien escriba una carta sin ponerle fecha? (...)

Uno de los artículos que he recopilado, publicado en el diario La Estampa en 1928, recoge una visita realizada por el periodista Luis E. de Aldecoa al Lyceum, acompañado por el matrimonio Elorrieta. En ella se le proporcionaba información sobre la organización del Lyceum, y la bibliotecaria le confirma que los libros de Gregorio Martínez Sierra eran los más demandados por las socias, los más leídos de entre los miles que había logrado reunir la biblioteca del Club.

-JAM: Parece una ironía, conociendo la historia de esos libros.

(Nota: En efecto, la relación entre María de la O Lejárraga, miembro del Lyceum, y su marido, Gregorio Martínez Sierra, es un buen ejemplo de la situación que estas mujeres querían cambiar. (...) No sé si las buenas o las malas lenguas dicen que todas las obras de este conocido dramaturgo habían sido escritas por su mujer, María Lejárraga. (...) Antonia Rodrigo, en su libro María Lejárraga: una mujer en la sombra, recoge muchos trozos de cartas que parecen demostrar la total dependencia intelectual de Gregorio respecto de María. Antonina considera que, tras la lectura de su epistolario, nos está permitido pensar que Gregorio era incapaz de escribir no ya una comedia sino una carta de pésame, unas cuartillas para presentar un acto, un prólogo, sus conferencias... En ellas es constante el apremio y en ocasiones llega a la coacción y el autoritarismo para que María escriba y le mande comedias, colaboraciones, traducciones... A menudo, entre los elogios y la frase cariñosa, desliza con premura y vehemencia el encargo. En los primeros años de la década de los veinte, su matrimonio hacía aguas. María huyó a París al enterarse de la infidelidad del marido con la actriz Catalina Bárcena, y se compró una casa en Niza, pero siguieron con su alianza literaria). (...)

UNA HABITACIÓN PROPIA

-JAM: Tal como lo estás contando, no sé si la historia del Lyceum da para un relato épico o intimista, para una crónica revolucionaria o para la anatomía de un grupo, a lo Bloomsbury.

-MT: No creo que hubiera entre ellas una relación tan estrecha. Es cierto que había rumores de relaciones lésbicas entre algunas de ellas, pero el grupo, de acuerdo con la información que manejo, no giraba en torno a las relaciones sentimentales de sus socias. Algunas de las liceómanas posiblemente serían lesbianas, pero considero que lo que ellas buscaban era, como diría Virginia Woolf, una «habitación propia». (...)

El Lyceum dejó de funcionar cuando comenzó la guerra civil. Cuando las tropas de Franco tomaron Madrid, el nuevo régimen incautó los locales del Lyceum, que se convirtieron en la sede del Círculo Medina, un lugar de reunión de la Sección Femenina de Falange. La política, que las mujeres del

club habían tratado de apartar de su convivencia diaria para fomentar lo que las unía y evitar lo que las separaba, impuso al final su tiranía. (...)

El Lyceum resultó enseguida una institución sospechosa. Isabel Oyarzábal -que acabó siendo embajadora en Suecia- dice que «era el único lugar en Madrid donde se podía respirar, lo que hizo que tuviera mala reputación». Sus socias fueron etiquetadas de «criminales», «liceómanas», «ateas», excéntricas» y «desequilibradas». Se consideraba el club como un «casino femenino» lleno de «mujeres jugadoras» porque había una sala para jugar a las cartas. Se sospechaba que era un local de ocio, que era, por supuesto, donde obraba el demonio. Las llegaron a acusar de tener un fumadero de opio. «Si fuera verdad lo del fumadero no tendríamos ánimos para organizar tanta cosa. ¿No te parece?», comentaba en una carta la poetisa Ernestina de Champourcin a su amiga Carmen Conde, entre divertida y hastiada. Como veremos, los ataques venían de varios frentes; sobre todo, de algunos intelectuales conservadores y de determinados sectores eclesiásticos.

He encontrado una serie de artículos escritos bajo el seudónimo de Lorent en la revista Iris de Paz, una revista religiosa publicada por los claretianos. Este individuo consideraba a las liceómanas enormemente peligrosas; de hecho, pedía su hospitalización o confinamiento: «¡Desgraciados niños los que tienen una madre liceómana!... Pues al angelito que le tocó en suerte una madre liceómana sólo le queda el mísero recurso del pataleo cuando se ve desatendido, olvidado... ¡Pobres niños los que tenéis madres en el club! Quizás os valiera más tenerlas en la Patagonia. Sois para ellas un estorbo. (...)».

Lo que resultaba ofensivo era la coexistencia pacífica de maneras distintas de pensar o sentir. A eso se debía la variedad de gente relevante y famosa que pasó por sus salones. García Lorca dio una conferencia sobre la imaginación y la inspiración en poesía; Rivas Cherif dio una sobre la danza española, ilustrada con intervenciones de la bailarina Laura de Santelmo; Unamuno llevó a cabo una lectura de su obra Raquel encadenada; Azaña habló sobre el Quijote. Suscitaron mucha controversia, además de la conferencia de Alberti de la palomita y el galápago, la del doctor Lafora sobre la psicología de Don Juan o la del doctor Marañón sobre el amor y la eugenesia. Carmen Baroja nos cuenta en su Diario que no hubo intelectual, médico o artista que no diera una conferencia en el Lyceum. Los temas eran muy variados. En los años 30, se dio una conferencia en alabanza de la mujer gorda, especialmente como madre: «Una madre debe ser gorda», dijo el conferenciante. «Es preciso que una madre sea la mayor cantidad de madre posible».

LAS PROTAGONISTAS

[Las que siguen son algunas de las mujeres que formaron parte del Lyceum y lo que fue de ellas tras el cierre de este club femenino]



VICTORIA KENT: [1892-1987. Abogada y política, fue diputada y Directora General de Prisiones]. Rosa María Capel describe de la siguiente forma a Victoria Kent: «No tenía un carácter muy agradable ni era locuaz con las personas que llegaban hasta ella. Mujer de gran decisión, de fuerte carácter, solía ir directamente al grano, no perdía el tiempo en rodeos innecesarios, decía lo que tenía que decir en pocas palabras, de forma clara y tajante, y volvía de nuevo a su trabajo, al que dedicaba su vida entera». Rosa Chacel apunta un dato menos formal: le gustaba el whisky. «Bebía como un marinero y estaba

completamente en forma; subió mucho en mi estimación. (...)

Durante la guerra, ayudó a coordinar los suministros al frente y a crear refugios para niños, hasta que fue enviada a París, como secretaria en comisión de la embajada de la República, en 1937. Su misión era el cuidado de los niños evacuados. Se negó a llevarse nada más que unas fotografías, pensando volver, pero no regresaría hasta 1977.



ZENOBIA CAMPRUBÍ: [1887-1956, esposa de Juan Ramón Jiménez y secretaria del Lyceum] En sus memorias, María Teresa León comenta a propósito de su muerte: «Zenobia Camprubí de Jiménez ha muerto en San Juan de Puerto Rico. Zenobia acababa de recibir el Premio Nobel. Me diréis: no, estás confundida, el Premio Nobel fue para Juan Ramón. Pero yo contestaré: ¿y sin Zenobia, hubiera habido Premio? (...) Juan Ramón Jiménez y Zenobia se exiliaron a Cuba, de donde pasaron a EEUU y Puerto Rico. Poco después de llegar a Cuba, Zenobia se unió a un grupo de mujeres cultas y activas, socias del Lyceum de La Habana.

MARÍA TERESA LEÓN. [1903-1988, escritora, esposa de Rafael Alberti] María Teresa León se sentía identificada con Zenobia, con su labor callada, invisible: «Ahora yo soy la cola del cometa. Él va delante. Rafael no ha perdido nunca su luz. (...)



[Condenada a vivir en un segundo plano, a la sombra del poeta que ama, cobra protagonismo durante la guerra civil, cuando se pone al frente de las Guerrillas del Teatro del Ejército del Centro. Embutida en su mono de miliciana y su simbólica pistola al cinto, recorrió los frentes recitando, declamando, dirigiendo teatro, dando mítines...].



MARÍA LEJÁRRAGA. [1874-1974, escritora, publicó bajo el nombre de su marido Gregorio Martínez Sierra] Fue nombrada agregada comercial para Suiza e Italia, con residencia en Berna, en 1936. El final de la guerra sorprendió a María enferma en su casa de Niza. Tras la ocupación nazi de Francia, tuvo una vida clandestina bajo el nombre de Madame Martínez a secas. Los problemas se agudizaron y, para subsistir, a pesar de su creciente ceguera, trabajó bordando zapatillas.

ELENA FORTÚN [1886-1952. Escritora. Su nombre verdadero era Encarnación Aragoneses. Se exilió a Argentina en 1939. En 1948 decidió regresar a España].



«Carmen Baroja nos dejó una descripción entrañable de Encarnación Aragoneses, Elena Fortún, una de las compañeras más queridas por las socias del Lyceum, una mujer curiosa y extravagante: Era encarnación pequeñita, de ojos grandes negros, ocultista, teósofa y espiritista, muy simpática, excelente persona, vegetariana, y un poco chiflada».



ISABEL OYARZÁBAL. [1878-1974, periodista, escritora, actriz y diplomática malagueña, de madre escocesa. Fue embajadora en Suecia y Finlandia con la República. En 1939 se instaló en México].

«Escritora, conferenciante, corresponsal de prensa extranjera, dramaturga, actriz, folclorista, traductora, diplomática, fue una de las vicepresidentas del Lyceum y miembro de la Asociación Nacional de Mujeres Españolas. Esta malagueña de madre escocesa llegaría a ser embajadora de España en Suecia y Finlandia con la República.

También fueron miembros del Lyceum: María de Maeztu (hermana de Ramiro de Maeztu), Clara Campoamor, Constanca de la Mora, Ernestina de Champourcin, Mabel Rick (mujer de Ramón Pérez de Ayala), Carmen Baroja (hermana de Pío y Ricardo), Concha Méndez (esposa de Manuel Altoaguirre)...

Lyceum Club Femenino

[http://www.madripedia.es/wiki/Lyceum_club_Femenino]

En [1926](#), en el reinado de [Alfonso XIII](#), durante la dictadura de Primo de Rivera, un centenar de mujeres de la burguesía ilustrada española fundó en Madrid el **Lyceum Club Femenino**, una asociación cultural feminista, destinada a defender la igualdad femenina y la plena incorporación de la mujer al mundo de la educación y del trabajo. Esta iniciativa provocó una reacción furibunda entre los medios conservadores de la época, que llegaron a reclamar en la prensa nada menos que la «reclusión [de las asociadas] como locas o como criminales» (Iris de Paz, [1927](#)). No obstante, el Lyceum Club de Madrid, a menudo despectivamente denominado «club de las maridas», siguió en activo durante los diez años siguientes, hasta la guerra.

Su trayectoria se había iniciado a principios del [siglo XX](#), en Londres. El origen del Lyceum Club está estrechamente vinculado a la escritora británica Constance Smedley-Atmfield ([1881](#) - [1941](#)), su fundadora. En [1903](#), Smedley se inscribió en el Writers' Club de Londres. Allí entró por primera vez en contacto con mujeres que desempeñaban un trabajo profesional remunerado, pero que encontraban abrumadas por un sinnúmero de problemas. Muchas vivían en pensiones o en habitaciones realquiladas, muy precariamente. ¿Dónde reunirse para sostener una entrevista, cerrar un negocio u obtener un contrato? Bastaba con ser vista en cualquier local público en compañía masculina para que la reputación de una mujer se pusiera en entredicho... Constance Smedley, junto con un grupo de amigas, recaudó fondos, habilitó una casa como sede, y escogió el nombre, Lyceum, palabra que al parecer en aquellos momentos se usaba en Nueva York para designar el lugar donde se celebraban conferencias y debates. Para que las futuras socias pudieran agruparse según los intereses de cada una, decidieron abrir en el club secciones estables de ciencia, arte, literatura, música y cuestiones sociales, así como hospedar a socias visitantes. Por último, el [20 de junio](#) de [1904](#), en el número 128 de Piccadilly St., se inauguró oficialmente el Lyceum Club de Londres. En el discurso de apertura, lady Frances Balfour, su primera presidenta, afirmó: «Hemos creado esta casa de la que nos sentimos orgullosas porque es una casa hecha por mujeres, habitada por mujeres y dirigida por mujeres». Al reseñar el acto, la prensa londinense mencionaba, entre otras, las adhesiones de Mrs. G. K. Chesterton, Mrs. G. B. Shaw y, dato curioso para nosotros, de doña Emilia Pardo Bazán.

Por otro lado, la creación del Lyceum Club coincidía en Europa con una de las fases expansivas del movimiento sufragista y feminista. En poco tiempo, el Lyceum Club se hizo internacional: Constance Smedley misma inauguró en Berlín, en [1905](#), el segundo Lyceum Club; en [1906](#), se fundó el tercero en París; en [1913](#), en Bruselas; en [1914](#), en Nueva York; y así sucesivamente en Roma, Estocolmo, Milán, Florencia, La Haya, Innsbruck, [Madrid](#), Barcelona, La Habana, etc. Ya desde [1908](#), Smedley y el grupo fundador estructuraron las relaciones internacionales de los Lyceum Club a través de una federación internacional, que reunía a todos los centros femeninos con esa denominación. Para respetar las creencias y opiniones de cada socia, el Lyceum Club se declaraba aconfesional y apolítico. La admisión como socia estaba restringida a mujeres que

tuvieran en su activo trabajos literarios, artísticos o científicos, se distinguieran por su participación en obras sociales, o poseyeran títulos académicos.

En Madrid, se celebró la asamblea constituyente del Lyceum Club Femenino en abril de [1926](#), en la [calle de Miguel Ángel](#), 8, bajo la presidencia de [María de Maeztu](#). En esta primera sesión se registraron ciento quince socias y se aprobaron los estatutos de Londres. Una comisión se encargó de buscar un local para el club; otra, de la traducción y la publicación del reglamento internacional, y todas las socias, en general, de recaudar fondos. Por fin, el [4 de noviembre](#) de [1926](#) se inauguró en Madrid la primera sede del Lyceum Club, en la [Casa de las Siete Chimeneas](#), de la [calle de las Infantas](#), 31 (posteriormente, en la [calle de San Marcos](#), 44). Si bien los cargos fueron renovándose, la primera junta estuvo formada por María de Maeztu, como presidenta; [Victoria Kent](#) e Isabel Oyárzabal, vicepresidentas; Amalia Galarraga, tesorera; Zenobia Camprubí, secretaria; y Helen Phipps, vicesecretaria. De la sección de literatura y de la biblioteca, se ocuparon respectivamente María Lejárraga y María Martos; de la sección de arte, Carmen Baroja; de la de ciencias, María Luisa Navarro; y de las relaciones internacionales, también Camprubí. Los objetivos generales del Lyceum Club eran: defender los intereses morales y materiales de la mujer, desarrollando las iniciativas económicas, científicas y artísticas; fomentar el espíritu colectivo, facilitando así el intercambio de ideas y la compenetración de sentimientos; organizar obras de carácter social y celebrar sesiones, conferencias...

Aunque en España la recepción del Lyceum Club fue mayoritariamente adversa, en [1927](#) casi se había quintuplicado el número de socias. Entre las incesantes actividades que desarrolló el Lyceum Club de Madrid acaso quepa destacar una de las menos conocidas, por su carácter interno: los cursillos y seminarios de derecho que impartieron las abogadas Victoria Kent, Matilde Huici y Clara Campoamor. Al aproximarse al derecho, las mujeres cobraron conciencia colectiva de sí mismas: descubrieron su situación en los códigos civil y penal, organizaron comisiones para estudiar y redactar reformas, y elevaron públicamente sus peticiones al gobierno. Por ejemplo: Supresión del artículo 57 del Código Civil: «El marido debe proteger a la mujer y ésta obedecer al marido», sustituyéndolo por este otro: «El marido y la mujer se deben protección y consideraciones mutuas».

Supresión del artículo 438 del Código Penal: «El marido que sorprendiendo en adulterio a su mujer matase en el acto a ésta o al adúltero, o les causara lesiones graves, será castigado con la pena de destierro» (sic).

Durante la Segunda República se aprobaron, no sin polémica, algunas de aquellas exigencias. Tal vez uno de los éxitos más resonantes del Lyceum fuera las conferencias y charlas, abiertas al público masculino y a los periodistas, previa invitación. Como relata Carmen Baroja en *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*, sus memorias: «Todos se pirraban por el Lyceum. No hubo intelectual, médico o artista que no diera una [conferencia]; menos [Benavente](#), que dijo que no quería hablar a tontas y a locas». En los años de la República, con el reconocimiento del derecho femenino al voto, se recrudeció la oposición conservadora contra el Lyceum Club.

Para terminar, citaremos nuevamente a [Carmen Baroja](#): «Durante la guerra, en el Lyceum había quedado todo intacto, no faltaba ni una cucharilla. Vinieron los nacionales y el señor, creo que Serrano Suñer, obligó a entregar todo a una delegada de Falange». Efectivamente, en [1939], el Lyceum Club de Madrid fue «clausurado por causas políticas».

EL LYCEUM CLUB FEMENINO

En 1926 se fundaba en Madrid un Lyceum Club Femenino, bajo la presidencia de María de Maeztu, con las mismas características de los ya existentes en Europa. Maeztu venía trabajando en sus bases y desde un principio ella abogaba por un club mixto, pero tuvo que aceptar el reglamento internacional que regía en Europa. De acuerdo con los estatutos, se constituyeron las secciones de Literatura, Ciencias, Artes Plásticas e Industriales, Social, Musical e Internacional. La escritora Isabel Oyarzábal de Palencia, Beatriz Galindo, explicó al periodista Julio Romano, de La Esfera, la constitución y los fines del Club: “Como leerá usted en los Estatutos de la Asociación, ésta es ajena a toda tendencia política o religiosa. Hace tiempo que queríamos tener una casa donde poder reunirnos y traer a nuestras amigas, señoras extranjeras. Al llegar a España se lamentaban ellas y nosotras de no tener un club, como los que tienen la mujeres de París, Londres, Berlín, Roma y Amsterdam. ¡Sólo en Suiza hay siete! Esto, que parecerá una novedad inquietante en España, es una cosa vieja en Europa... Trataremos de fomentar en la mujer el espíritu colectivo, facilitando el intercambio de ideas y encauzando las actividades que redunden en su beneficio; aunaremos todas las iniciativas y manifestaciones de índole artística, social, literaria, científica, orientadas en bien de la colectividad”.

El Lyceum Club se instaló en la calle de las Infantas, 31. Formaron la junta directiva: vicepresidentas, Isabel Oyarzábal y Victoria Kent; secretaria, Zenobia Camprubí; vicesecretaria, Miss Helen Phipps; tesorera, Amalia Galinizoga, y bibliotecaria, María Martos de Baeza. El Lyceum Club se montó sin ayuda oficial, simplemente con el tenaz esfuerzo de un grupo de mujeres entre las que se encontraban las figuras de mayor prestigio intelectual del momento en el país. Carmen Monne de Baroja, para recaudar fondos, organizó funciones y rifas de cuadros en su teatrillo particular “El mirlo blanco”.

El Lyceum Club tuvo un gran impacto en el panorama cultural español, en el que la mujer, a excepción de una minoría reducida y dispersa, vivía al margen de cualquier actividad colectiva con un comportamiento normalmente desfasado y anacrónico. Porque no era sólo un lugar de reunión, donde poder tomarse una taza de té y cambiar impresiones, sino centro cultural donde María de Maeztu organizaba cursillos, conferencias, conciertos, exposiciones, a cargo de intelectuales, científicos y de artistas nacionales y extranjeros. García Lorca dio en sus salones la conferencia “Imaginación, inspiración y evasión en poesía”, Unamuno leyó allí su drama Raquel encadenada; Rafael Alberti se presentó una tarde de noviembre, vestido de tonto, metido en una levita inmensa, con un pantalón de fuelle, cuello ancho de pajarita y un pequeño sombrero hongo, con una paloma enjaulada en una mano y un galápago en la otra, ya que la conferencia se llamaba: “Palomita y galápago (¡No más artríticos!)” y armó la marimorena, sorprendiendo a unos, escandalizando a otros y divirtiendo a los demás. Benavente, en cambio, el día que le invitaron a dar una conferencia en el Lyceum, replicó: “A mí no me gusta hablar a tontas y a locas”.

Los éxitos, halagüeños y prometedores, del Lyceum sirvieron de termómetro para revelar el estado de opinión, la sensibilidad y el interés de la mujer española por superar la mediocridad y el aislamiento que dominaban su vida. Para nosotros, a más de medio siglo de perspectiva, si no fuera suficiente lo positivo del programa, podríamos medirlo por la campaña virulenta que el Lyceum levantó desde su fundación, inspirada en el hecho de que era la primera asociación femenina que no estaba bajo el feudo de “la sotana”.

Ricardo Baeza, en un artículo publicado en El Sol y titulado “El blanco y el negro. (Una lanza por el Lyceum.)” decía: “... de la cultura de las mujeres depende el ambiente cultural de un pueblo, ya que a su cuidado está la formación moral y social del niño, y su influencia, aparente o latente, sobre el hombre continúa siendo, mal que nos pese, un factor decisivo en la vida del Estado”.

“La causa –escribía Baeza– no hay que esforzarse mucho en buscarla, cualquiera medianamente avisado podría dar por supuesta e inevitable la campaña: Cultura, internacionalismo, progreso espiritual de la mujer... ¿Dónde para nuestro elemento clerical y nuestros mal llamados católicos vicios más nefandos? Y, ¿cómo iban a permitir esos elementos que hubiese un solo organismo femenino, y más de la importancia con que éste se anunciaba, que no llevara el sello confesional, y el Sagrado Corazón de Jesús fuese entronizado, y los hijos de San Ignacio dirigieran e informaran todas sus actividades?”.

Como los innumerables ataques, alusiones y una circular de la Unión de Damas Españolas no parecían surtir efecto, el director espiritual de las “Hijas de María” las puso en la disyuntiva de darse de baja en el Lyceum, o devolver la medalla de la Congregación. Hablándoles con iracundia del “lugar en donde facilitaban todo género de lecturas, desde el Corán hasta el Ripalda”. La campaña culminó con un extenso e intenso análisis que, en Iris de Paz “órgano Oficial de la Archicofradía del Inmaculado Corazón de María y del comité ejecutivo de la Obra de la Buena Prensa”, hacía en cuatro números consecutivos –del 26 de junio al 17 de julio de 1927–, firmado por un clérigo, bajo el seudónimo de Lorven. En el escrito se calificaba a las socias del Lyceum de mujeres “sin virtud ni piedad”, con “las piernas al aire”; se insinuaba que el Lyceum era un casino “con todo”, en donde la mujer perdía el sentido de la propia dignidad. Se tildaba de “verdadera calamidad para el hogar y enemigo natural de la familia y en primer lugar del marido, cuya autoridad se invoca para poner coto a tantos males”. Se aseguraba que los hijos “de esas señoras altruistas eran muy desgraciados, por tener una madre `liceómana”’. Se proclamaba la institución como un “gravísimo peligro que amenaza a nuestra fe y a nuestra sociedad” y concluía: “La sociedad haría muy bien recluyéndolas como locas o criminales, en lugar de permitirles clamar en el club contra las leyes humanas y las divinas. El ambiente moral de la calle y de la familia ganaría mucho con la hospitalización o el confinamiento de esas féminas excéntricas y desequilibradas”.

La Junta del Lyceum, que venía soportando con indiferencia las embestidas y diatribas nacidas de la ignorancia y el fanatismo, decidió entonces llevar el caso a los tribunales, confiándolo a dos de sus principales animadoras: Victoria Kent y Matilde Huici.

El Lyceum Club, en 1939, fue confiscado por la Falange y la Sección Femenina lo convirtió en el Club Medina.